

EL CAMINANTE

DAVID NOBOA



LA
PUERTA
DEL
ROPERO



El Caminante

Derechos de autor

©2020 David Noboa Cazar

www.soydavidnobia.com

All rights reserved

Diseño de Portada y Maquetación: Fidian Guananga

Todos los derechos reservados

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.



EL CAMINANTE

Por David Noboa Cazar

Hay palabras que...

cortan el corazón como filosa espada
sierra, hacha contumaz, bala perdida,
raspan agudas la hermandad anhelada
instrumento de ilógica perfidia.

Hay otras que
alientan, vivifican
despiertan anhelo y compasión
levantan, respiran
calmando la agitación.



La gente de este pueblo tiene muchas historias que contar, pero ninguna es tan contada como la del caminante, el ser más odiado por toda la aldea. Cada vez que el caminante pasa por aquí la gente se alarma y empiezan las historias.

—El caminante es un ser maligno —cuentan a los niños en las plazas articulando un seño malévolo y embrujando la voz—, se viste de harapos, carga una bolsa llena de serpientes, bichos habitan su cuerpo y recorren sus bolsillos buscando migajas de pan que él mismo guarda para compartir con ellos, viaja con botas para que nadie note los dedos de sus pies corroídos por la maldad y su piel está llena de llagas de las cuales se alimentan gusanos y otros esperpentos.

Como aplastar una fruta podrida vertiendo entre los dedos fluidos de olores amargos, es la sensación que produce ver pasar al caminante. Por sus poros sale un aroma nauseabundo y su aliento destila sensaciones de desprecio.

“No te metas con el caminante”, esa es su frase preferida, no sea que te pase lo mismo que a Mara.

La primera vez que atravesó el pueblo, andaba el caminante mirando la punta de sus pies sin hablar con nadie, hasta que se encontró con Mara, la joven heredera de Horacio, un empresario acaudalado que tenía aquí su casa de descanso. Mara paseaba en el jardín de su casa y su pañuelo fue arrancado hasta la acera por un viento inoportuno. A tan solo unos pasos de la puerta, mientras ella levantaba el pañuelo, el caminante se acercó y cruzaron algunas palabras.

Fue la última vez que alguien vio a la muchacha con vida, luego de ese encuentro Mara enfermó gravemente y fue llevada a la ciudad grande, para ser atendida. El rumor de su muerte corrió volviéndose leyenda. La fortuna del viejo Horacio permaneció en esa casa, pues él jamás volvió. Dicen que se encerró en un hospital mental voluntariamente.

La gente del pueblo pasaba la voz diciendo: “en mala hora vino ese vagabundo a nuestro pueblo, que nadie le ofrezca posada ni alimento, no queremos que pase

lo mismo con alguno de nuestros hijos". Así, la presencia del andariego se volvió detestable y hasta temible.

Nadie quiere estar cerca cuando el caminante atraviesa la ciudad. Viene cada año, y cada vez que sus pies tocan el suelo de la urbe el ambiente se transforma, el sol se esconde y hasta las nubes se hacen tan pesadas que no pueden contener las gruesas gotas de lluvia y las descargan de golpe sobre la aldea. Los que tienen hijos, cierran puertas y ventanas, guardan a sus hijos en casa, y ruegan al cielo esperando que no aparezca por su calle.

Juan, el hijo del celador, había cumplido doce años el mes pasado y sentía que era su momento de salir al mundo. Siempre le había intrigado la fama que tenía el caminante y le parecía ridículo seguir encerrado como un niño dentro de su casa para que el caminante no lo viera. Le intrigaban las palabras que decían de él y no podía esperar el momento en que pudiera comprobar los relatos con sus propios ojos.

Una tarde, cuando el sol ya se estaba retirando a descansar, las nubes aparecieron, pesadas y listas para dejar caer la lluvia, así supo Juan que el caminante es-

taba a punto de pasar por el pueblo, así que tomó la linterna de su padre y esperó toda la noche frente a la ventana de su habitación, pero nada sucedió hasta que se quedó dormido sentado en una silla. Los aullidos de un perro lo despertaron cuando empezaba la mañana, todavía oscura pues nubes negras cubrían todo el firmamento. Salió corriendo para no perderse la oportunidad de ver al caminante pasar, y en su carrera fue sorprendido por la presencia del harapiento viajero.

Se quedó boquiabierto, esculpido en pose de sorpresa con los pies clavados en el piso y los ojos abiertos esperando la inevitable maldición que vendría de los labios del malvado. La única reacción posible fue entrecestrar un ojo como esperando un golpe y alistar los oídos desobedientes que habían sido entrenados desde niño para nunca exponerse a la figura del perverso caminante. Juan sabía lo que le esperaba.

—Eres un buen muchacho—dijo con palabras suaves el caminante—, se nota en tu mirada que no le harías daño ni a una oruga.

Juan pensaba en los gusanos que recorrían el cuerpo del personaje según le había dicho, por eso permaneció callado. Pasó por su mente gritar para pedir ayuda, pero era demasiado temprano, nadie salía de casa todavía, y los habitantes del poblado estaban prevenidos de mantener a sus hijos encerrados en días de lluvia para evitar una desgracia.

Cuando el ambulante se escondió detrás de la siguiente casa, Juan salió de su desconcierto, para comprobar que nada malo había sucedido. ¿Tanto tiempo de esperar ese momento para dejarlo pasar? Repetía esas palabras en su mente para darse ánimo y perseguirlo.

Atrapó todo el aire que pudo y salió corriendo detrás de él con su corazón retumbando a porrazos en su pecho, pero lo que encontró fue algo más asombroso todavía. El caminante alimentaba a un perro de la calle, el mismo perro que había despertado a Juan con sus aullidos. Le acariciaba la cabeza y el lomo con afecto de padre. Juan decidió acercarse y preguntarle de una vez.

—¿Qué son todas esas cosas que la gente dice de ti?

—La gente habla por hablar —contestó el caminante sin regresar la vista—, no se dan cuenta que cavan sus propias tumbas.

Un escalofrío recorrió las venas de Juan. El misterio de las palabras del caminante se hacía más evidente, aunque su actitud con el perro y sus palabras de aparente bondad lo despistaban sobremanera.

—¿Qué pasó con Mara? —preguntó Juan titubeando de miedo.

—Ella estaba enferma, pero no se lo había dicho a nadie, enfermó por las palabras de la gente.

—No entiendo —alegó Juan, cada vez más confuso—, la gente dice que luego de hablar contigo ella enfermó y luego murió.

El caminante explicó a Juan la conversación que tuvo con Mara.

La joven se había enterado de lo que la gente decía de ella y de su padre y se desahogaba con el peregrino.

Decían que la hija de Horacio era ilegítima, que ese millonario la trajo hasta acá para esconderla del mundo y no dar cuentas de su bastardía. Cuando Mara se enteró de aquellas palabras que el poblado entero profería, se llenó de amargura, hasta el punto que avivó un problema cardíaco que había tenido desde la infancia. En un ataque de dolor tuvieron que llevarla al hospital de la ciudad grande pero falleció en el camino.

—Pero... entonces... ¡tú no eres el culpable de su muerte! —exclamó Juan con los ojos de quien hace un gran descubrimiento—, no entiendo por qué la gente habla de lo que no sabe.

—La gente habla de lo que tiene dentro, pequeño, y sus palabras ladinas se han vuelto verdades para muchos, así que cavan su propia tumba, sus lenguas afiladas lastiman a otros, y ellos mismos se ensucian las manos con sangre inocente.

De pronto los ojos de Juan fueron abiertos, no que estuvieran cerrados, sino que ahora podía ver las cosas de manera diferente. Podía ver el atuendo del caminante menos sucio y harapiento de lo que había visto antes,

no había gusanos ni llagas, el sol brillaba sobre él y sus botas lucían impecables mientras se alejaba del lugar.

Tan pronto como el caminante desapareció, la gente del poblado comenzó sus labores habituales, cada uno ocupado en lo suyo. Ellos veían no vieron nada anormal, pero a los ojos de Juan todo era diferente. La gente caminaba con pequeñas nubes grises sobre la cabeza y cuando hablaban, pútridos colores salían de sus bocas, vientos grises, alientos negruzcos, saliva oxidada que caía en los demás, gotas de espuma que escupían sin distinguir que contaminaban el aire, infectando los cuerpos y mentes de los habitantes de este olvidado pueblo. Se lastiman unos a otros y sacan gusanos de sus heridas, caminan con la ropa sucia y enlodan a todos aquellos que infortunadamente caen en sus comentarios.

Las apariencias de muchos son la envidia de otros, las palabras que se dicen no siempre reflejan la realidad, las sospechas de algunos condenan, y las acciones de otros gritan sabiduría.

Puedes descargar este y otros cuentos
gratuitamente en:

www.soydavidnoba.com